

A través de las estrellas

Nadia Saez

Quando miles de aventuras
aguardan más allá de las estrellas

A TRAVÉS DE LAS ESTRELLAS



Capítulo 1

Introducción

Si has empezado a leer es porque estas interesado/a en embarcarte en esta intrépida aventura. Primero que todo déjame decirte que ¡Gracias! ¡Muchas gracias por darme una oportunidad de abrirte la puerta a esta aventura!

Crear la galaxia de Pegasus ha sido todo un reto del cual he disfrutado cada segundo del que he pasado imaginando planetas, creando las diferentes razas y costumbres de sus habitantes ¡Lo he disfrutado un montón! Es un proyecto que acabo de iniciar pero del cual tengo más de la mitad escrito, nunca me gusta empezar algo con tan solo un capítulo realizado. Tengo mucho cariño y ganas puestas en esta historia que poco a poco va a ir creciendo.

Llevaba ya mucho tiempo deseando embarcarme en un proyecto de esta envergadura. Me he criado con Star Wars, las galaxias lejanas, las aventuras en naves espaciales, los juegos de rol y los romances intergalácticos siempre me han fascinado de una manera impresionante. ¡Ya era hora! Me digo, ya era hora de diese el paso y crease mi propia ficción, empezando con "A través de las estrellas" y que si todo va bien, se extenderá en diferentes entregas.

La historia se dividirá en diferentes capítulos como es obvio. Estos capítulos sucederán desde diferentes puntos de vista. Alternando entre los tres personajes, Joel, Vera y Cornelia. Cada uno de ellos tendrá su propia aventura.

Podría extenderme por varias páginas hablándoos de la galaxia de Pegasus, de sus habitantes, de las diferentes razas y costumbres que hay en dicho lugar. ¡Pero no lo haré! Prefiero que todo lo vayáis descubriendo poco a poco, quiero sorprenderos, quiero crearos incertidumbre y sobretodo, quiero que améis a los personajes que iremos conociendo en esta aventura. Que serán personajes de todas las clases y tipos. Quiero que os sintáis como los Donavan, humanos perdidos en una galaxia en la que nada es lo que parece.

Pues al fin y al cabo esta historia empieza con ellos, con los Donavan, una familia humana que vive en un rural pueblo de Ohio, USA. Una familia normal que perfectamente podría ser la vuestra. Quiero que os sintáis parte de ellos, que desconozcáis todo lo que ellos desconocen y que

descubráis todos los misterios de la galaxia de Pegasus al lado suyo, al lado de los Donavan.

La historia será actualizada semanalmente. Cada domingo a poder ser. Suelo ser puntual, más cuando tengo más de dieciséis capítulos ya escritos. Así tendréis tiempo suficiente para seguir esta aventura con asiduidad.

Y bien ¿Estás preparado para embarcarte en este viaje? Adelante, sigue, te aguarda una gran aventura.

Buena suerte y disfruta.

Capítulo 2

Prólogo

El espacio era siempre tan frío.

Había tres archivos electrónicos sobre la mesa. Dos a los lados y uno en el centro, colocados de forma ordenada, reproduciendo una serie de datos e imágenes. Frente a esa misma mesa se encontraba una mujer, de cuerpo esbelto, marcándose las curvas de este de una manera bastante detallada. Alta, de cabello plateado, casi blanco, con coleta de caballo que caía hacía un lado de su hombro. Su piel era blanca, fría, tan fría como el propio espacio. Sus ojos eran azules, tan azules que parecía que destilaban un cierto halo de misterio inquietante.

Se mantenía en pie, con los brazos cruzados, inmóvil, aguardando a la espera de una respuesta a la pregunta que había formulado hacía escasos segundos.

— Son ellos. — Afirmó una voz, que procedía de algún tipo de altavoz que se situaba desde lo alto del techo de dicha sala.

— No lo entiendo. — Contestó la mujer del cabello plateado, alzando su mirada hasta el techo, como si estuviese hablando con este. — ¿Por qué necesitamos a los niños? Solo nos retrasaran, ella es la única que necesitamos.

— Piénsalo Kalisca, sería imposible que ella colaborase con nosotros si nouviésemos a sus hijos en nuestro poder. — Fue la primera vez que la varonil voz del techo la llamó por su nombre desde que la conversación había empezado.

— ¿Y acaso crees que colaborará con nosotros si retenemos a sus hijos? Lo dudo. — Kalisca empezó a caminar lentamente de un lado a otro de la oscura sala, con sus manos sujetadas hacía el frente —. La he estado observando por más de dos meses y créeme cuando te digo que esta tipa es dura de roer, nos va costar hacer que se una a nuestra causa. No cederá tan fácilmente.

— ¿Qué te hace pensar tal cosa, Kalisca? — Preguntó la profunda voz del altavoz.

— Ha estado en el ejército, sabe cómo defenderse en una situación de presión. Sin embargo ama a sus hijos demasiado, lo he visto, quizás esa sea su debilidad, tienes razón. — Admitió asintiendo con la cabeza con

seguridad —. Nos llevaremos también a los niños.

— Bien. — Afirmó la voz.

Un profundo y abrupto silencio procedió. Kalisca apartó uno de los mechones plateados que descendían sobre su rostro cuando tomó el archivo central, el de ella, el de la mujer que necesitaban. Presionó la pantalla de este con su fino y blanquecino dedo corazón y una serie de textos sobre el pasado de la mujer empezaron aparecer.

— ¿Estás seguro que es ella? — Preguntó Kalisca, alzando de nuevo su vista.

— Es ella. — Parecía que no había duda. — Debe ser ella. Nuestra elegida, nuestra salvación para la victoria, nuestra arma definitiva.

Kalisca rió cuando escucho la última frase de su invisible acompañante.

— ¿Arma definitiva? No me hagas reír. — Dejó el archivo sobre la mesa con algo de desgana mientras volvía a cruzarse de brazos —. Apuesto a que puedo tumbar a esa Terrana con los ojos tapados y con tan solo una mano.

— Sabes a lo que me refiero. — Admitió la voz. Sin un ápice de sentimiento, él nunca lo tenía —. La necesitamos.

— Sí, la necesitamos. — Respondió Kalisca mientras caminó hacia el otro lado de la sala.

Se acercó hasta la vitrina de cristal que dejaba ver al resto de la tripulación realizando sus quehaceres. Suspiró cuando se percató que la mayoría de ellos simplemente perdían el tiempo en tareas banales como discusiones sin importancia.

— ¿Cómo va el resto de la tripulación, Kalisca?

— ¿Cómo quieres que vayan? Son una panda de piratas espaciales, no hay mucho que hacer con ellos. Sabes perfectamente que no me gusta tratar con esta calaña de gente, son despreciables. — Se podía notar algo de reproche en el tono de su voz —. Los odio.

— No podíamos mandar a nuestros hombres, hubiese sido demasiado arriesgado, nos habrían detectado. — Carraspeó la voz —. Son una buena compañía, eficaces y letales. Además, La Estampida es una buena nave, la abducción os resultará pan comido.

Kalisca volvió a reír, dando una leve patada con su pie derecho a la

robusta pared de metal de la sala.

— Quizás sea una buena nave pero esta chatarra huele a mierda, a jodida mierda podrida y la decoración deja mucho que desear.

— Como si eso importara.

Kaliska respondió con un suspiro cuando regresó nuevamente hasta la mesa donde se encontraban los tres archivos. Se mantuvo de nuevo delante de estos, apoyó sus manos sobre el borde de la metálica mesa e inclinó su cabeza hacia adelante, formando una expresión de seguridad en su rostro.

— Lo haremos esta noche. — Afirmó, clavando sus ojos en los tres archivos, en sus tres fotos.

— Perfecto.

— Conseguiré que se una a nuestra causa, la convenceré y ganaremos esta guerra. — Había una profunda seguridad en cada una de las palabras que acababa de formular —. Lo conseguiré.

— Esa es la actitud Kaliska. — Parecía que ella misteriosa voz se alegraba de que Kaliska por fin empezase a mostrar algo de optimismo —.Y recuerda...si por alguna razón se niega a colaborar, si se niega a unirse a nuestra causa, mata a uno de sus hijos, eso hará que sienta temor por la vida de su otro retoño y así finalmente acabará colaborando.

Y una retorcida sonrisa empezó a dibujarse en los alineados y carnosos labios de Kaliska.

— Así será. — Afirmó rotundamente.

Capítulo 3

1- Luces en el cielo

Joel

1.

Luces, luces brillantes en el cielo.

Su madre nunca le creyó, no le creyó ni tan solamente una simple vez en todo aquel largo e inolvidable verano. Joel Donovan, de tan solo quince años fue posiblemente el primero de aquella humilde familia que vio las luces, aquellas extrañas y relucientes luces que surcaban el cielo de las calurosas noches de Marysville, Ohio.

Nunca le fue necesario hacerse con grandes e importantes aparatejos para ser testigo de aquel baile de luces, lo único que necesitaba eran su rojizos y antiguos prismáticos. Esos prismáticos que una vez pertenecieron a su ya fallecido padre. Estaban algo desgastados y tampoco funcionaban muy bien, eso era cierto pero se conservaban lo suficientemente bien como mostrar al muchacho lo que estaba ocurriendo justo encima de sus cabezas, en la noche, en el mismo cielo. Haciendo así que él, aquel simple chico de quince años fuese el primer testigo de un fenómeno que les cambiaría la vida a todos ellos. A la familia Donovan, que, después de aquel verano de 2015 jamás volverían a ser los mismos que en un pasado fueron.

Había sido testigo del fenómeno desde hacía casi un mes. La primera vez que los vio fue a mediados de Junio, cuando después del cumpleaños de su amigo Tomy Doyle regresaba a casa. Joel se encontraba aquella noche en el asiento trasero del desgastado Volkswagen de su madre. A su lado se encontraba su hermana menor Vera, ella dormía pues también había asistido al cumpleaños y el agotamiento se había hecho presa de la jovencita. Conduciendo se encontraba Cornelia, su madre, que tan solo tenía ojos en la carretera y si su atención se desviaba por unos segundos era solo para centrarse en aquel programa de bromas radiofónicas que se emitía en el dial sintonizado en la anticuada radio del vehículo. Pero a diferencia de ellas dos, Joel, no estaba dormido ni conduciendo, su atención la captaba el oscuro paisaje que cruzaba ante sus ojos a través de la ventanilla del coche donde reposaba su cabeza. Árboles, campos,

campos bañados en oscuridad y ese cielo, el cielo estrellado que desde el pueblo rural de Marysville siempre se había visto a la perfección.

Quizás ocurrió ahí porque Marysville estaba alejado de cualquier gran urbe, quizás ocurrió ahí porque no había otro lugar en el mundo donde pudiese ocurrir, quizás simplemente ocurrió ahí porque Joel Donavan era el único que podía verles. Ver esas luces, esas luces que eran de otro mundo.

No ocurrió de una forma precipitada, tampoco fue algo que le sobrecogiese. Más bien, fue un fenómeno que le dejó atrapado, enganchado, con la vista fija en aquellas luces que poco a poco fueron formándose en el cielo. Mientras la carretera pasaba bajo el coche y los árboles cruzaban a toda velocidad, en el estrellado cielo empezaban a formarse tres bolas de luz, muy brillantes, tan brillantes que si Joel se quedaba mirándolas sin parpadear por más de cinco segundos podía incluso hacerle daño a la vista.

La primera reacción del chico no fue una reacción de sorpresa, para nada, fue más bien una reacción tranquila, donde quería aplicar la lógica a toda costa. "Deben ser aviones" se dijo así mismo en lo más profundo su cabeza pero lo cierto es, que, no tardaría ni tan siquiera más de dos minutos en que aquella seguridad ante lo que estaba presenciando se esfumara velozmente. Fue cuando las tres luces empezaron a surcar el cielo como si de un baile estuviesen realizando cuando su boca, poco a poco, se fue abriendo de tal impresión. Sus pelos se erizaron, un escalofrío recorrió su cuerpo y las luces, como si intentasen darle un mensaje se apagaban y se encendían mientras bailaban sobre el cielo.

Primero se apagó la de la derecha, luego la del centro y por último la de la izquierda para después volver a encenderse las tres a la misma vez, en el mismo segundo y en el mismo preciso instante.

Aquello no podían ser aviones, eso ya lo había asumido. Gracias a su madre que había sido militar en tiempos pasados sabía que los aviones no podían moverse de esa forma tan veloz, ni tampoco posicionarse uno tan cerca del otro como las extrañas luces estaban haciendo. Y no solo era su movimiento y aquella profunda luz lo que más le impactaba, no, no era eso pues quizás lo que más le impactó, aquella primera vez se encontró con ellos es que le producían un enorme sentimiento de hipnosis. Como si de alguna manera no pudiese apartar la vista de las luces, como si estuviese atrapado allí, mirándolas, con la boca abierta sin poder decirle nada a su madre. Podría ser sugestión, igual sí, pero lo que estaba claro es que nunca nada antes había impactado tanto a Joel como lo que vio aquella noche de Junio.

No lo mencionó. Aquella noche, una vez que llegaron a casa él no dijo nada, sabía que de decirlo su madre no le iba a creer, su hermana aun menos y tan solo quedaría como un mentiroso que se imaginaba cosas.

Sabía que su madre jamás le diría directamente que era un mentiroso, pero su hermana sí y Joel odiaba que no le creyesen. Era, posiblemente, la cosa que más odiaba en el mundo, que le llamasen mentiroso.

Desde aquella noche Joel había sido testigo del baile de las tres luces en cinco ocasiones más. Todas ellas habían ocurrido sobre su casa, bajo Joel, haciendo que este subiese al tejado de su propio hogar para ser testigo de estas.

Aquella precisa noche, ya en la actualidad, había vuelto a subir a lo alto de su casa, con sus prismáticos, convencido que volvería a encontrarse con las luces, con lo desconocido. Pero no salió como planeó, su madre, que ya empezaba a mosquearse por las escapadas nocturnas del muchacho al tejado le había hecho bajar de inmediato. Con uno de sus famosos y estruendosos gritos.

— ¡Pero mamá es importante! — Se quejó Joel.

— Tú vida es más importante.

— Oh mamá ¿En serio? ¿Ahora me vas a venir con esas? No hago daño a nadie ahí arriba, ni hago ruido, ni tan siquiera molesto a nadie.

— Me molestas a mí, que cuando trato de dormir no puedo hacerle porque sé que estas en el jodido techo y en cualquier momento te puedes caer y eso me hace estar inquieta. — Aclaró Cornelia, prosiguiendo con un profundo suspiro de cansancio —. He dicho que no y sabes que cuando digo que no es no.

— No me voy a caer.

— Lo harás, es de noche, estas medio dormido y no hay ni una sola luz ahí arriba.

— ¡Pero es importante! — Volvió a exclamar con todas sus fuerzas, Joel podía ser extremadamente pesado cuando algo se le metía en la cabeza.

—Traer un sueldo cada mes a casa, eso sí es importante y es lo que hago yo todos los días, levantarme para ir a trabajar, eso es lo realmente importante. — Añadió Cornelia, sabiendo que si esa conversación continuaba podía acabar fácilmente entre gritos.

—No me vengas con esas, sabes que yo también puedo ponerme a currar con algún trabajo de verano si quiero. — Joel puso sus ojos en blanco, haciendo una de sus típicas muecas.

—Pero no lo haces, porque eres un vago y prefieres tener tu trasero en lo alto del tejado montándote películas en tú cabeza. — Y no sería la primera

vez que Cornelia le había animado a que buscara un trabajo parcial con el que aportar algo de dinero a la familia.

—Te he dicho que es importante...

— ¡Que no Joel! ¡No me vas hacer cambiar de parecer! — Golpeó con puño cerrado la pared del pasillo, reanudando sus pasos hasta la cocina de la casa —. Si subes ahí arriba sé, como que me llamo Cornelia Jane Donovan, que acabaras cayéndote. — Y a veces era inevitable que la militar que todavía residía en su interior no apareciese.

— ¿De verdad crees que me puedo caer desde ahí arriba? ¿De verdad crees que soy tan imbécil como Vera? — Respondió cargado de sorna, refiriéndose obviamente a su hermana pequeña.

Su madre, Cornelia, que cruzaba ahora el pasillo contiguo a la cocina ignoró la última pregunta de su hijo, respondiéndole con una directa y sentenciadora mirada. Joel sabía que era mejor no continuar con la discusión, cuando Cornelia le lanzaba aquella mirada era mejor agachar la cabeza y dejarlo para otro día. Conocía a su madre suficiente como para saber que esta estaba cargada de carácter y jamás cedería.

2.

La cena de aquella noche transcurrió con normalidad. Como la de cualquier otra noche. Su madre podía ser una gran educadora, una buena madre dando consejos y preocupándose por sus hijos pero nunca había sido una buena cocinera y cuando mamá cocinaba los pequeños siempre deseaban que no fuesen espinacas, las espinacas la odiaban y odiaban más como las cocinaba Cornelia. Normalmente solían cenar fuera, Cornelia trabajaba todo el día y tenía poco tiempo para cocinar pero cuando no les quedaba más remedio que quedarse en casa y degustar los platos de su madre se preparaban para lo peor, siempre lo hacían. Pero para sorpresa del chico la carne con ensalada no fue tan mala aquella noche y a excepción de algún que otro comentario jocoso por parte de su melliza Vera donde le tachaba de raro por su afición a mirar al estrellado oscuro cielo, todo fue con normalidad.

Y si tan solo todo se hubiese quedado así, con normalidad.

No lo hizo. Aquella noche estaba ya predispuesta para ser la noche más

importante de sus vidas. La noche que lo cambiaría todo.

Joel miraba por la rendija que formaba la puerta de su cuarto que había dejado entreabierta mientras él se acurrucaba en la cama. Podía ver como su madre guiaba a Vera hasta su cuarto. Cornelía siempre lo hacía, primero daba las buenas noches a Vera y luego a Joel. El muchacho lo entendía, entendía que darle más atención a Vera siempre había sido más importante. Él se sentía afortunado, muy afortunado de no padecer la misma minusvalía que su melliza.

Cerró con fuerzas sus ojos cuando su madre entró a su cuarto a darle las buenas noches. Fingía dormir pero lo cierto es que Joel siempre había sido terriblemente malo fingiendo cosas.

— No quiero gilipollecas, Joel. — Sentenció Cornelia.

Este negó con la cabeza, manteniendo los ojos bien cerrados mientras seguía tumbado sobre su cama.

— Nada de escapadas al tejado y nada de estar despierto toda la noche.
— Volvió a sentenciar con firmeza. A veces a Cornelia se le olvidaba que ya no trataba con otros soldados y que aquellos eran sus hijos.

Y esta vez asintió con la cabeza. Sus ojos todavía seguían cerrados.

Cornelia se acercó, le besó en la frente y abandonó la oscura habitación, dejando que un poco de luz se colase desde el pasillo pues no había cerrado la puerta del muchacho del todo.

Abrió los ojos de repente, observando cómo su madre cruzaba el umbral de su propia habitación, encerrándose allí. Todavía le quedaban algunos minutos más antes de que se durmiera, él lo sabía.

Aquellas esperas eran lo peor, cuando estaba en la cama, inquieto, sin sueño aguardando a que Cornelia por fin acabase dormida. Su rostro tumbado sobre la almohada se reflejaba en el espejo que tenía a uno de los lados de la habitación. Pudo verse así mismo, ese rostro poblado con unas disimuladas pecas, su ondulado castaño oscuro cabello y esos ojos claros que había heredado de su madre. Sonrió al verse, no había motivo alguno, simplemente le hacía risa verse así mismo tan tranquilo sobre la cama en aquel instante cuando siempre estaba armando alboroto allá donde fuese.

Sus ojos se desviaron ahora hacía un lado, ojeando las fotos y medallas que tenía colgadas en la pared. Se trataban de fotos que se había hecho con su grupo de amigos, no eran demasiados pero eran los suficientes como para considerarlos buenos amigos, de esos a los que siempre te llevas a todas partes. Las medallas por otro lado eran de todos esos

buenos y exitosos años que había pasado con el equipo local de Marysville jugando a beisbol. Ya no lo hacía, desde hacía un par de años lo había dejado de lado pues el instituto y salir con sus amigos se habían convertido en una prioridad.

Seguía surcando la oscura habitación con sus ojos, aguardando impaciente, contando mentalmente los segundos que faltaban para que su madre se durmiese. Casi siempre eran exactos, nunca fallaba.

3.

Creyó haber calculado el tiempo a la perfección para cuando se puso en pie y fue directo con sus prismáticos hasta la ventana. Era simple obsesión, como si aquel estrellado cielo con la extraña iluminaria se hubiese quedado impregnado en su cabeza y de alguna manera tuviese que regresar, regresar a contemplarlo, regresar a llenarse su cabeza de dudas, de fantasía, de temores y de incertidumbre.

Ahí estaba, Joel Donavan, frente la ventana de su cuarto, con los viejos prismáticos clavados en el cielo. Esperando que apareciese, ansiando que lo hiciese. Fuese lo que fuesen aquellas luces ansiaba verlas pues ya hacía casi dos semanas desde la última vez que las avistó y en su cabeza ya empezaban a formarse centenares de preguntas.

¿Y si se han marchado? ¿Y si ya nunca más las volveré a ver? ¿Y si les he asustado? ¿Eran reales o solo imaginación mía a causa del aburrimiento?

Soñoliento apoyó su cabeza contra el cristal, intentando que aquellas preguntas se disipasen en su cabeza. No quería creerlas, no quería desilusionarse y darle la razón a su madre. Las luces debían ser algo, él las había visto, algo tenían que significar, por muy minúsculo que fuese aquel baile de luces debía tener un significado.

Aporreó el cristal con su diestra, casi maldiciendo en silencio, cerró los ojos y en su interior pidió que apareciesen, pidió que se dejaran vez una vez más, lo deseó profundamente. Aun que fuese como despedida, las necesitaba, eran tan bellas y brillantes que tan solo podía sentir atracción por estas.

Y como si estas luces tuviesen vida propia y pudiesen leer su pensamiento irradiaron del estrellado cielo. Siendo la luz de estas tan impactantes que al abrir los ojos su mirada, nada más verlas, se volvió a quedar perdida en ellas. Su respiración se aceleró mientras una ladina sonrisa empezaba a formarse en su rostro. Una sonrisa real, una sonrisa de felicidad, como la

que tiene un mocoso de cinco años el día de navidad mientras desenvuelve sus regalos bajo el árbol.

Sin embargo aquella vez era diferente, todo era diferente en aquella noche de Agosto. Desprendían más luz que nunca, desprendían vida como si de verdad estas tuviesen vida propia. Pero lo que colmó la gota de sorpresas en lo que llevaba de noche fue cuando aquellas tres luces, de golpe, se desprendieron y cayeron en picado hacía la superficie. Como si se hubiesen dejado caer y nada ya las sostuviese en el aire, caían hacía abajo a toda velocidad, hacía el frondoso bosque que yacía frente la casa de los Donavan, sin miedo alguno del impacto. Las luces tan solo buscaban invadir la vegetación de dicho bosque.

No tardó ni dos segundos en agarrar los prismáticos, colgarlos de su cuello, abrir la ventana de su habitación y deslizarse por el tejado del porche con el trasero pegados a las tejas, para no caerse y crear un alboroto. Ya lo había hecho otras veces, siempre había sido un muchacho inquieto durante las noches y no sería la primera vez que se escapaba para salir a visitar algún amigo. Aquella vez no se trataba de inquietud, tampoco iba en busca de un amigo, se trataba más de un extraño ansia que creció en su interior nada más ver como las luces llegaron a tierra y se fundieron con los arboles del bosque. Se dejó caer de un salto cuando estuvo en el borde, creándose una punzante herida en su pie derecho. Estaba descalzo, y posiblemente la herida acabaría sangrando pero no le importaba, nada de aquello era importante. Lo único que le importaba era adentrarse en el bosque y encontrarse cara a cara con las luces que ya habían tomado tierra. Quería respuestas, quería que ese enigma que le había perseguido por casi dos meses fuese resuelto de una vez por todas.

Corría como alma que lleva el diablo, cruzando los matorrales a grandes zancadas, bordeando los anchos troncos de árboles y salteando alguna que otra roca que se interponía en el camino. De vez en cuando se agachaba y utilizaba sus prismáticos que colgaban del cuello para avistar las iluminarias que se situaban por delante; no podía ver nada, le era imposible. Todo lo que podía hacer era correr hasta ellas y esperar lo inesperado.

Y se encontró con lo inesperado.

Pero no fue el tipo de cosa inesperada que imaginó. Se chocó de frente con una situación totalmente diferente, todavía tenía unos cuantos metros y zancadas por delante hasta llegar al lugar de aterrizaje de las luces pero lo que vio allí hizo que terminase su carrera de manera abrupta. Sus ojos se abrieron como dos enormes lunas al ver aquella sombra agazapada junto uno de los troncos que yacían sobre la vegetación del bosque. Se trataba de ella, Vera, su hermana. Ahí, con sus dos muletas sobre el barro

y dejando su cuerpo sostenido sobre una gran rama.

— ¿Vera? — Preguntó, casi boquiabierto, acercándose a su hermana pequeña.

Ella no respondió. Tan solo mantuvo su boca abierta y sus ojos clavados en la luz de enfrente.

— ¿Vera? ¿Qué estás haciendo? ¿Tú también las has visto? Si mamá te viese aquí me echaría la culpa a mí y... — Volvió a preguntar pero no le hizo falta proseguir con su interrogatorio cuando vio sus ojos perdidos en la misma luz que había atrapado su atención por ya tantas semanas.

Giró su cabeza hacia un lado, imitando el gesto de su hermana, quedando con su vista perdida en el fulgor de las luces. Intentó abrir la boca para pronunciarse, lo intentó de verdad, pero parecía que su voz no salía de su garganta, como si hubiese paralizada en aquel preciso instante.

— Ve-ve-ve-vera... — Obligó a sus propias cuerdas vocales a avisar a su hermana de lo que le estaba ocurriendo, intentó avisarla de que estaba inmóvil, de que no se podía mover. Le era imposible.

Pero pudo mover su pupila y observar por el rabillo del ojo que su hermana casi que se encontraba en un estado similar al suyo. Vera no había reaccionado, ni tan siquiera había parpadeado. Ambos estaban paralizados ante la iluminaria. Joel de pie, con sus brazos entreabiertos en cruz y Vera recostada sobre el tronco, con sus dos muletas a un lado y su boca abierta de par en par.

Las luces se movían, ya no estaban quietas, tampoco bailaban como solían hacer sobre el cielo, ahora se movían y lo hacían a una velocidad que indicaba que fuesen lo que fuesen no eran humanos. Se deslizaban sobre la maleza, tumbando los árboles a su paso, como si estos árboles fuesen piezas de juguete que acababan de ser derrumbadas.

Joel sintió frío mucho frío a causa de la ventisca que repentinamente empezó a formarse cuando solo eran poco menos de diez metros lo que les separaban a los dos hermanos de lo desconocido, de las luces. Las ramas de los árboles empezaron a moverse violentamente, los troncos de estos empezaban a resentir y las hojas que como un manto cubrían algunos de los matorrales se revoltearon alrededor de los dos muchachos, formando una especie de extraño remolino. La ventisca se agrandaba cada vez que las luces se acercaban más. Joel se había rendido ante ellas, ya no hacía el esfuerzo de moverse o gritar pues no podía, se había rendido ante ellos. Sus ojos estaban cegados por la intensa luz, tan penetrante que era capaz de hacer que su pupila se resintiese de tal manera que su ojo derecho empezó a lagrimear. No podía ver nada más, solo luz, y a su izquierda, por el ojo que no lloraba pudo ver como el

fuerte viento impactaba sobre las oscuras trenzas del cabello de su hermana que se dejaban llevar por el aire. Eso era todo lo que podía ver.

Al menos hasta que aparecieron ellos.

De las luces empezaron a brotar varias siluetas, siluetas oscuras, sin forma alguna, tan solo varios montones de oscuridad que producían sonido, caminaban, no eran como las silenciosas luces, ellos si parecían reales, ellos si se sentían reales. Y lo peor era que iban directo hasta los hermanos Donovan, sin titubear, ellos eran sus objetivos, ahora estaba claro. Lo habían sido en todo momento. Desde la primera vez que Joel pudo verles en el cielo aquella noche de Junio.

Joel ya no sentía curiosidad, tampoco ansias de respuestas. Ahora sentía algo muy diferente, algo que nunca antes había sentido de aquella manera tan penetrante y escalofriante.

Joel sentía miedo. Mucho miedo.